quedase en Mexico con ciento y cincuenta soldados, a quien encargó que sirviese a Motecuhzuma con grandísima reverencia y que todos viniesen con mucha quietud, pues en la ocasión en que se hallaban era más peligroso el provocar a los indios, a desdén, que nunca, y a los capitanes y soldados que habían de quedar encargó la obediencia de Alvarado y que en todo hiciesen su deber y prometió socorrerles cuando algo se ofreciese.

CAPÍTULO LXIII. *Que Fernando Cortés sale a buscar a Pámphilo de Narváez; y Narváez parte en busca suya, aunque después se volvió a retirar a Cempoalla*

DETERMINANDO FERNANDO CORTÉS de no detenerse en salir a buscar a Pámphilo de Narváez, acordó de hablar al rey Motecuhzuma; díjole que desde el día que había mandado que saliese de su tierra, había deseado obedecerle y que ya tenía más cumplida y verdadera información de la gente que había llegado, que era su hermano Pámphilo de Narváez, con orden de visitar a su alteza de parte del altísimo príncipe, el rey de Castilla y de León y de darle un presente que llevaba de su parte y que había acordado de irle a recibir para acompañarle a Mexico y volverse todos juntos a embarcarse en aquellos navíos que nuevamente habían llegado, y que aunque se había dicho que entre ellos había enemistad, no era más de una orden que el rey le había dado para vengar el mal que hallase que en aquellas partes se hubiese hecho a los castellanos y que por tal causa iba tan poderoso y que dejaba en su lugar a Pedro de Alvarado, que serviría a su alteza con mucho acatamiento y que le suplicaba que a él, ni a nadie de los que quedaban, permitiese que se hiciese daño pues que al cabo no podía dejar su alteza de quedar de ello deservido. Quedó Motecuhzuma muy suspenso porque desde que se tuvo aviso de la llegada de Narváez, le dijeron que no había conformidad entre él y Cortés; pero estimábale en tanto que dándole crédito le respondió, trayéndole a la memoria lo que le había regalado y contra la voluntad de sus dioses sufrido y defendido de sus súbditos, estándose de buena gana con él por esta causa; y que pues quería ir a recibir a su hermano, fuese en buena hora, con que echa la embajada y dado el presente se fuesen, pues tenían navíos para excusar el escándalo que de lo contrario había de nacer; y que le prometía de tratar bien, entre tanto que volvía, a Pedro de Alvarado y a los que quedaban con él, sin consentir revueltas, y que viese lo que había menester para el camino, que de todo sería proveído; y luego ordenó que se le diese cuanto fuese menester; porque el mayor cuidado que Motecuhzuma tenía era verse libre de aquella gente y mucho más después que supo, que demás de la confederación que Fernando Cortés tenía hecha con los tlaxcaltecas, la había hecho con los chinantecas y con otros, de donde infería que de la estancia de los castellanos en su reino, no se podía seguir ningún bien.

El día que salió Fernando Cortés de Mexico, en el punto que partía pareció Motecuhzuma en unas andas, en hombros de señores, acompañándole Pedro de Alvarado y toda la caballería mexicana, con toda la música y aparato real; y dijo a Cortés que le quería acompañar hasta salir de la ciudad, no se lo quería consentir y se lo suplicó y porfió mucho; pero en todo caso quiso llegar hasta la calzada de Iztapalapan, adonde se despidió con gran amor, diciendo que demás de hacerle aquella honra por tan gran rey, cuyo embajador era, la merecía por sí mismo; y repitió que pidiese cuanto hubiese menester, que se lo enviaría desde donde quiera que le avisase.

Iban con Cortés muchos mexicanos y algunos se volvieron porque se lo rogaba y otros porque se cansaban, y los que siguieron eran para avisar al rey de lo que pasaba, como por momentos lo hacían; fue bien recibido en Cholulla adonde se refrescó la gente, y a media legua después de salido encontró con gran número de tlaxcaltecas que le iban a recibir. Entró en su ciudad con alegría de todos; dijo que aquel capitán cristiano, a quien iba a recibir, era su hermano y que si no fuese bueno le quería castigar, para lo cual había menester seis mil hombres de guerra y no los pidió para servirse de ellos, sino por hacer estruendo y porque llegase la fama a Narváez, que toda la tierra era en su favor y de esta manera amedrentarle. Los señores de las cuatro cabeceras le ofrecieron cuantos quisiese. Nombró por capitanes de ellos a Alonso de Ojeda y a Juan Márquez, porque ya sabían la lengua y los ordenó que se quedasen de retaguarda y con ellos Francisco Rodríguez. Entendióse luego en levantar la gente y a tres leguas de la ciudad, yendo caminando, cuando supieron los tlaxcaltecas adonde iban la mayor parte de ellos se volvió, porque aquella nación no estaba acostumbrada a pelear fuera de su tierra y cuando mucho cerca de ella. Fernando Cortés dijo que si adelante lo habían de hacer mal mejor era que se hubiesen vuelto y quiso que se volviesen todos porque le pareció que había conseguido su intento y ya estaba avisado Barrientos, adonde se había de hallar con las picas y con los dos mil chinantecas, el cual llegó al punto y al lugar que se le mandó y las picas eran muy buenas y muy largas y los soldados a quien se dieron se iban ejercitando con ellas y Tobilla enseñando a cada uno cómo la había de jugar; y los dos mil chinantecas también traían picas y todos quiso Cortés que se armasen de ichcahuipiles, porque sabía lo que importaba llevar soldados armados o desnudos. Gonzalo de Sandoval, que asimismo fue avisado de Cortés, salió al camino adonde se le mandó, y dejó en su lugar en la Vera Cruz a Pedro de Ircio y aquí se hizo muestra de la gente y se hallaron doscientos y sesenta y seis hombres contados, los capitanes, cinco de a caballo y el fraile. Los amigos de Cortés que estaban con Narváez, entendiendo que se iba acercando persuadieron a Narváez que enviase a Andrés de Duero para que como hombre de autoridad con Cortés, hallase algún expediente de paz y tanto apretaron en ello que lo permitió. Fue Andrés de Duero y habló de secreto con Cortés, y el fruto que se vio de estas pláticas fue tratarse los dos como grandes y antiguos amigos. En partiéndose Andrés de Duero del campo de Cortés,

mandó a Juan Velázquez de León, que era pariente de Narváez, que fuese al campo y que llevase sus cadenas de oro y cuanto tenía y otras joyas que le daría, porque había entendido que Narváez le deseaba mucho ver; Juan Velázquez se excusó de ello, pero Cortés quiso que en todo caso fuese y le ofreció su yegua rucia y envió con él un lacayo suyo, llamado Juan del Río, y habiéndose hablado de secreto y dado las joyas se partió.

Llegado Juan Velázquez a Cempoalla se fue apear a casa del cacique y desde allí a la posada de Narváez, el cual habiendo sabido que era llegado le iba a buscar y habiéndole recibido con mucho amor quiso que fuese su huésped; dijo que se quería volver luego porque su ida no era para más de besarle las manos y ver si habría modo de hallar alguna forma de concierto. Airóse mucho Pámphilo de Narváez y dijo que se maravillaba de él porque tratase de concertarle con un traidor que se había rebelado a su primo Diego Velázquez. Se sintió mucho de esto Juan Velázquez y dijo que en su presencia no se habían de decir tales palabras de Fernando Cortés, porque era muy buen caballero, y pareciéndole al capitán Salvatierra, Gamarra, Juan Juste y otros capitanes, que Juan Velázquez hablaba con libertad aconsejaban a Narváez que le prendiese; pero Agustín Bermúdez, que era alguacil mayor, Andrés de Duero, que era contador del ejército y armada y un clérigo dicho Juan de León lo contradijeron y con muchas razones persuadieron a Narváez que le regalase y honrase, el cual lo hizo y le rogó que persuadiese a Cortés que se diese y cesasen rencillas. Ofrecido de hacer lo que pudiese, aunque dijo que tenía a Cortés por cabezudo y porfiado. Quiso Narváez que Juan Velázquez viese el ejército y mandó hacer alarde en su presencia y se fueron a comer; luego se despidió Juan Velázquez, pareciéndole que había conseguido el fin que pretendía, que era ver el ejército, hablar con algunas personas y descuidar a Narváez; y estando de partida, un mancebo que también era sobrino de Diego Velázquez y era capitán y se llamaba de su nombre, dijo que todos los que no se fuesen a rendir a Narváez eran traidores y que pues él se iba no era buen Velázquez. Juan Velázquez le respondió que era tan buen caballero como él y que le defendería, que no había en el ejército de Cortés ningún traidor y metiendo mano a la espada pidió licencia a Narváez para hacer bueno lo que decía. Todos los caballeros que estaban presentes se pusieron en medio, rogaron a Pámphilo de Narváez que mandase salir del ejército a Juan Velázquez de León, porque sucederían inconvenientes y su estancia en él era muy perjudicial y con esto se volvió a Cortés el cual iba caminando poco a poco y llegó a Cuetlaxtla, adonde padeció mucha hambre. Pasó a la Tapaniqueta, adonde halló algún refresco. Otro día parecieron dos caciques que se quejaron de Pámphilo de Narváez, diciendo que les tomaba lo que tenían y les destruía la tierra y que no les hacia justicia y que a él querían servir pues que le tenían por señor. Condolióse mucho de ellos; agradecióles su voluntad; díjoles que aquellos hombres no eran de su casta ni generación y que desamparasen el lugar porque le quería quemar con aquellos recién venidos.

A tiempo que los amigos de Pámphilo de Nárvaez le decían que advir-

tiese que hasta en aquel punto se había entendido que Cortés había derramado muchas joyas por el ejército. Llegó el cacique de Cempoalla y le dijo: ¿Que en qué entendía? ¿Que cómo estaba descuidado? Porque cuando menos se catase llegaría Fernando Cortés con su gente y le mataría, porque tenía tantas espías que era avisado de todos sus pasos, y aunque hicieron burla dél todavía se mandó pregonar la guerra contra el ejército de Cortés a fuego y a sangre a toda ropa franca; y Narváez salió con el ejército en batalla y toda el artillería, como un cuarto de legua de Cempoalla para esperar allí, y como llovió todo el día y aquel ejército no estaba muy acostumbrado a padecer trabajos, lo sentían, diciendo que era bien volver al alojamiento y no hacer tanto caso de tan poca gente. Pero los que conocían el valor de Fernando Cortés lo reprehendían y decían que era mal consejo el retirarse. Y de todo esto avisó Andrés de Duero a Fernando Cortés con un soldado que se hizo huidizo, que se llamaba el Galleguillo. Retirado Narváez sin tomar el consejo que se le daba, en confianza que Cortés no se osaría acometer, mandó que se pusiesen centinelas de soldados ligeros y animosos en el río por donde había de pasar, y que en el camino de Cempoalla estuviesen toda la noche cuarenta de a caballo, y que por los patios de los aposentos del general anduviesen otros veinte, y el artillería, que eran diez y ocho pecezuelas, se pusiesen asestadas a las puertas y con esto pareció que se podía estar con seguridad. Y públicamente mandó Pámphilo de Narváez prometer que daría dos mil pesos a quien matase a Fernando Cortés o a Gonzalo de Sandoval. Y mandó que en sus aposentos durmiesen buen golpe de soldados, escopeteros, ballesteros y con partesanas y con ellos los capitanes Salvatierra, Gamarra y otros de sus más confidentes.

CAPÍTULO LXIV. *Que Fernando Cortés prosigue su camino en busca de Pámphilo de Narváez y habla a su gente*

LEGÓ FERNANDO CORTÉS al río de Canoas en este tiempo y tuvo trabajo de pasarle porque iba crecido y buscando el vado se ahogaron dos soldados. En pasando el río, oyeron el arcabucería del ejército de Pámphilo de Narváez, cosa que espantaba mucho a los indios, que de todas las apariencias que hacía avisaban a Motecuhzuma, engrandeciendo sus fuerzas, teniendo a Cortés por acabado, de que no había poco contento entre los mexicanos. Pasado el río, Fernando Cortés mandó llamar a toda la gente y hizo un largo razonamiento, adonde por orden contó todos los malos términos que con él se habían usado y las malas formas de proceder que Narváez había tenido, sin querer admitir los medios de paz que le había ofrecido, por excusar de llegar a rompimiento hasta haber echado malamente de su ejército a un oidor de la Real Audiencia de La Española, porque trataba de concierto; y que también había sabido cómo había man-